



Hernando Rivera

Sin título (fragmento) | Hernando Rivera

Reconfiguraciones de la identidad en la literatura hispanoamericana: Una mirada panorámica

Alejandro Garrigós Rojas

Escuela Normal Superior Oficial de Guanajuato (ENSOG)

Resumen

El problema de la identidad hispanoamericana ha sido una de las principales preocupaciones de los críticos y los escritores. Desde que el continente fue caracterizado como la sede del paraíso terrenal, identificado ya como lugar exuberante de abundancia, ya como lugar salvaje de habitantes primitivos, hasta la deconstrucción de la noción de identidad misma en la crítica contemporánea, el tema ha sufrido constantes negociaciones y transformaciones, no exentas de tensión y polémica en el seno de la comunidad intelectual. El objetivo de este texto es ofrecer una mirada panorámica y de revisión acerca de los diferentes periodos en que se ha discutido con intensidad la identidad hispanoamericana, muchas veces de manera contrapuesta.

Palabras clave

Identidad, literatura, representación cultural.



Sin título (fragmento) | Hernando Rivera

Identity Reconfigurations in Hispanic American Literature: A Panoramic Look

• **Abstract**

The problem of Hispanic American identity has been one of the main concerns of critics and writers. Since the continent was characterized as the seat of heaven on Earth, identified now as an exuberant place of abundance, now as a wild place of primitive inhabitants, until the deconstruction of the very notion of identity in contemporary criticism, the issue has suffered constant negotiations and transformations, not exempt of tension and controversy within the intellectual community. The objective of this text is to offer a panoramic view and revision of the different periods in which Hispanic-American identity has been intensely discussed, often in conflicting ways.

Keywords

Identity, literature, cultural representation.

Los primeros textos de los que tenemos noticia acerca de la caracterización del continente americano son los relatos de viaje del mismo Cristóbal Colón, así como de otros exploradores. Julio Ortega propone, que a través de la crónica histórica que va de la exploración a la conquista española, concurren en tensión las formulaciones retóricas del jardín edénico tanto como las del lugar infernal de hombres de horribles costumbres. Es el mismo Colón quien en una de sus cartas al rey de España recurre al tópico del paraíso de la abundancia para convencerlo de la importancia de su “descubrimiento”. Este paraíso imaginado en América “es una tierra situada hacia el Este, tiene toda suerte de árboles que dan maderos y frutos, y allí se goza de una eterna primavera, no hace ni frío ni calor, y allí se goza de una eterna primavera” (Ortega, 2010: 21). América es en esta representación un lugar en el que los indígenas “casi no podrían morir” por la sanidad de la tierra.

Pedro Henríquez Ureña comenta al respecto:

Como sus descripciones se ajustaban al ideal de belleza natural entonces al uso, impresionaron vivamente la imaginación europea. Más tarde se vieron confirmadas y ampliadas por muchos cronistas. El Nuevo Mundo, o al menos su zona tropical, ha conservado en la imaginación de la mayoría de los hombres los rasgos esenciales que aparecen en la famosa carta de 1493: una riqueza y una fertilidad sin límite, y esa primavera eterna de los trópicos (1980, p. 49).

Hasta el barroco de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz llegarán los ecos de este tópico: “América abundante” es “compatriota del oro, / paisana de los metales”, “adonde el común sustento / se casi tan de balde / que en ninguna parte más / se ostenta la tierra madre” (*apud* Ortega, 2010: 22). Otro escritor colonial mexicano escribirá todo un libro dedicado a la *Grandeza mexicana* (1604), en que describe “la opulencia y el refinamiento de la ciudad [de México, la suntuosidad de sus palacios, la belleza de sus jardines, donde se cultivaban los mejores árboles y plantas de Europa, el lujo de los adornos y de los carruajes, la variedad de los caballos” (Henríquez Ureña, 1980: 102). Ambos textos son sintomáticos de esta caracterización.

Sin embargo, el mismo Ortega hace notar que un discurso opuesto, el de la carencia, se trenzaba ya en la noción de la iden-



... tidad hispanoamericana desde las primeras exploraciones de los
... europeos en el continente: carencia de Dios, principalmente, por
... estar habitado por seres que, se decía, eran desconocedores de la ci-
... vilización y de la cristiandad. Ambos contrastes, el de la abundancia
... y el de la carencia, se interpolan. Estas representaciones escriturales,
... siguiendo al mismo Ortega, de algún modo suplantan la historia de
... la época, ya que "el lenguaje que reconstruye la memoria histórica
... es la fuerza que sobrevive a la historia" (Ortega, 2010: 24). Luego
... de la destrucción de ciudades y culturas indígenas, el discurso de
... la carencia tomaría una forma más definida en la retórica del "bien
... perdido" y del pasado esplendoroso que se ha ido. El Inca Garcilaso
... de la Vega será uno de los emblemas de estos cantos a las ruinas de
... la comunidad indígena originaria: una visión que es a la vez históri-
... ca y mítica. Sin embargo, aún en el discurso de Garcilaso, Ortega lee
... el tópico de la abundancia en tanto para el indio la tierra americana
... es rica porque es producto de una mezcla y está abierta al proceso
... de lo nuevo.

... En tanto, en España los autores se disputan las nociones do-
... minantes respecto de la identidad del continente. Están quienes
... ven en América la monstruosidad y quienes ven el terreno de una
... misión piadosa de conversión a la fe. Quienes ven que en Améri-
... ca tiene lugar una Edad de Oro y quienes creen que es una sede
... del Demonio. En todo caso, América es una tierra fértil para la in-
... terpretación: "Abundancia, carencia y virtualidad suponen opciones
... de configuración interpretativa y, por lo mismo, actúan como para-
... digmas de un relato americano interpuesto, donde la experiencia
... americana cambia de signo para rehacer su sentido" (Ortega, 2010:
... 38).

Una de las representaciones más icónicas del hombre del
nuevo mundo es la del Calibán, anagrama de caníbal, símbolo del
hombre indígena del Caribe. Proviene de diversas fuentes legenda-
rias y literarias y aparece en el drama *La tempestad* (1623) de William
Shakespeare. Su figura corresponde a la noción de "hombre natu-
ral" que se entiende como primitivo, sin lenguaje (y, por tanto, sin
razón) y sin moral. Dicho personaje ha recibido muchas interpreta-
ciones a lo largo de Occidente; sin embargo, nos interesan ahora sus
lecturas ideológicas a propósito de la identidad americana. A partir

del drama filosófico *Calibán* (1878) del francés Ernest Renan, que lee a Calibán como una figura de las clases populares, escritores como Rubén Darío, José Enrique Rodó y Aníbal Ponce lo identificaron con las culturas oprimidas, el hombre de las masas y los pueblos colonizados (desde una perspectiva marxista), respectivamente. Roberto Fernández Retamar reunirá en un libro, *Todo Calibán* (2002) una serie de ensayos sobre este tema, a partir de la pregunta inicial de si existe una cultura latinoamericana. Allí propone leer el mestizaje como la esencia del mundo colonial hispanoamericano; mestizaje que se ha visto obligado a hablar el idioma de sus conquistadores para servirlos, avasallado por la ideología del enemigo. El ensayista convoca en su libro a una nueva acción política y al cambio de paradigmas y abordajes en la sociedad hispanoamericana, que partiría del seno universitario. Por su parte, para Ortega el Calibán es un emblema complejo y ambiguo caracterizado por ser “una criatura de la lengua colonial que empieza a hablar como si ese lenguaje pudiese ser la recuperación de su propio mundo” (Ortega, 2010: 81), en tanto el Calibán no aprende a hablar la lengua de los colonizadores sólo para maldecirlos, sino para rehacer su doble herencia cultural por medio de la palabra que combata la violencia y favorezca el bien común. Toda la época del colonialismo identificará a Hispanoamérica como un territorio que pertenece a sus conquistadores europeos. La clase criolla es la que ostenta el poder político y económico y el indígena se halla sometido ideológica, religiosa y culturalmente, sin voz ni representaciones importantes, salvo como algunas apariciones secundarias y fugaces en el teatro de Sor Juana Inés de la Cruz.

Pedro Enríquez Ureña ve en los albores del siglo XIX una emancipación de la identidad intelectual en Hispanoamérica, que dio a las rebeliones de independencia a lo largo del continente como fruto. Éstas estarían inspiradas tanto en la independencia de Estados Unidos como en la Ilustración francesa. El pensamiento latinoamericano se nutre y repite ideas liberales antimonárquicas, bullendo en él un espíritu libertario en la pluma de escritores como Miguel Hidalgo, Francisco Severo Maldonado y Andrés Quintana Roo. De 1810 a 1825 se libraron las batallas de independencia, desempeñando la literatura una función decisiva en el ideario político y la propagación de los programas de acción, en la fundación y redefinición de los discursos. Con



las independencias políticas nace un ansia de independencia intelectual, de configurar la identidad de las nuevas nacionales ya no desde el saqueo y la subordinación, sino desde el amparo de la fraternidad, la libertad y el derecho a un buen gobierno de carácter social. Nace con estas gestas independentistas una figura que será decisiva hasta ya entrado el siglo XX: la del caudillo, hombre entre pensador y guerrillero, que formará la clase política por excelencia hasta entonces. Además, se reflexiona sobre los lenguajes nacionales y las tradiciones folclóricas locales. Un ejemplo paradigmático de este caso es la obra *Tradiciones peruanas* (1833) de Ricardo Palma. Mientras un ejemplo de la representación de la naturaleza en el modelo nacional en la poesía son las palabras del argentino Esteban Echeverría, quien creía ver entre el desarrollo de las artes y la sociedad una simetría, una relación causal entre independencia política y literatura:

Preciso es que [la poesía] aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes [...] sentimientos y pasiones [...] nuestros sociales intereses. [...] La poesía nacional es la expresión animada, el vivo reflejo de los hechos heroicos, de las costumbres, del espíritu, de lo que constituye la vida moral, misteriosa, interior y exterior de un pueblo" (*apud* Ortega, 2010: 232).

En las letras, confluye con las guerras de independencia un Romanticismo relativamente tardío y edulcorado respecto a los romanticismos europeos. Novelas truculentas como *Clemencia* (1868) de Ignacio Manuel Altamirano y *María* (1867) de Jorge Isaacs, serán los símbolos de este Romanticismo que imita sin mucha brillantez los modelos europeos. En cuanto a los poetas románticos de la época, muchos de ellos nos parecen ahora ridículos o de una sensiblería patética.

Según Henríquez Ureña (1980), los discursos de la identidad en Hispanoamérica se reconfiguran nuevamente hacia finales del siglo XIX durante el periodo de organización que siguió a las luchas de independencia. Tras las proclamaciones de las constituciones políticas de los nuevos países, se buscan discursos que dieran una identidad a las ex colonias, acorde a los nuevos intereses políticos

e intelectuales. Entonces cunden los discursos nacionalistas. Se implantan y exaltan las ideas republicanas y la filosofía positivista. El naturalismo da páginas brillantes que retratan las costumbres de los pueblos, reconstruyen el pasado y dan forma a la memoria reciente, así como redescubren el intrincado paisaje de las cordilleras, desiertos, selvas y trópicos que siguen dando una nota distintiva de la identidad de los pueblos americanos, en tanto están en estrecha y natural relación con los habitantes y las poblaciones no pueden desmarcarse de dicha geografía. La vida rural, por tanto, habrá de ser uno de los emblemas de las representaciones de la época. El *Martin Fierro* (1872) del argentino José Hernández, texto de difícil categorización genérica, vendrá a ser sobre todo la épica de los nacionalismos mestizos; en ella se cantan los sentimientos de la clase trabajadora que vive las cuitas de la desigualdad social.

No será hasta finales del siglo XIX cuando, gracias al Modernismo, Hispanoamérica logra una relativa independencia estética y novedad respecto de Europa. Digo relativa, pues debemos recordar que el Modernismo abreva muy directamente del Simbolismo, el Decadentismo y el Romanticismo, a partir de los cuales elabora una revolución en las letras, basada principalmente en la renovación formal de la métrica y en la introducción de más exotismo en los temas. El Modernismo viene a dar una identidad distintiva al arte literario en Hispanoamérica, principalmente en la poesía, extiéndase por casi todos sus países y siendo reconocido con éxito en el extranjero. Atrás queda el neoclasicismo académico arraigado en los escritores de generaciones anteriores y se abre el panorama a la poesía del arte por el arte. Así lo refiere Henríquez Ureña (1980): "Nuestra poesía experimentó por esta época un cambio total, en temas, estilo, vocabulario y formas poéticas. Los jóvenes adoptaron una actitud severamente estética frente a su arte y decidieron escribir poesía pura" (p. 49).

En estos procesos de reconfiguración nacional, los escritores estuvieron muy relacionados con la política y los cambios sociales. Ángel Rama en su importante ensayo *La ciudad letrada* (1984) estudió cómo los escritores formarían una especie de poder dentro del orden público, al ocupar cargos representativos o jurisdiccionales; por lo que la identidad de las naciones y de Hispanoamérica será



-en algún grado mayor- consecuencia de las tensiones y transformaciones de las ideas asumidas y transmitidas por estos escritores en el concierto de las naciones. Ángel Rama afirmará que la identidad en relación al poder se ve configurada primeramente por el orden espacial de la urbanística de las ciudades, construidas en forma circular en la que el centro ejerce el poder sobre las periferias, desde el que se organizan en sucesivos círculos concéntricos los diversos estratos sociales. Mediante la imposición de este orden se suplantaría gradualmente la cosmovisión del continente conquistado. Para fijar este orden, sería necesario la participación de los intelectuales y escritores que produjeran y difundieran las jerarquías. Fue la letra escrita, sacralizada, la que reconfiguró las identidades alrededor de los poderes actuarios por medio de leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda, y mediante la ideologización pensada para justificarla y sustentarla. Finalmente, la ciudad letrada se politiza y protege a los grupos hegemónicos.

Paralelamente, muchos escritores se propondrán repensar la identidad nacional a la luz de considerar su herencia cultural como europea y rechazar tal identificación. Se revaloran entonces nuevos componentes de los órdenes nacionales, como los saberes ancestrales y las culturas indígenas. La búsqueda de una expresión artística que fuera propia del continente hispanoamericano, no subsidiaria de Europa, había comenzado, cabe decir, ya en 1823, cuando Andrés Bello proclamó la independencia literaria de América en la primera de sus *Silvas americanas*. Es así como desde las primeras décadas del siglo XX, el tema del indio es presentado por los escritores como necesario para repensar la identidad hispanoamericana, pretendiendo llegar a una reconciliación con el legado prehispánico. Escritores en países como México, Guatemala, Perú y Ecuador, recordarán que la mayor parte del proletario lo constituyen los indígenas explotados, e incidentalmente se aprovechan de aspectos pintorescos de sus maneras de vivir para denunciar la necesidad de redimirlos de la servidumbre y elevarlos al nivel de ciudadanos de plenos derechos. El indigenismo, como se le ha llamado a esta corriente que reivindica al indio frente a los poderes políticos y seculares que lo oprimen, tiene un momento muy notable en *Los ríos profundos* (1958) del peruano José María Arguedas. De acuerdo a Ortega (2010) "Su obra,

con notable agudeza poética, replantea el mapa humano poscolonial de la comunicación conflictiva en una sociedad profundamente antidemocrática” (p. 43).

Como se aprecia, los escritores continúan siendo todavía un agente fundamental para las reconfiguraciones discursivas de la identidad hispanoamericana y un elemento importante del tejido histórico que van organizando las escrituras en diálogo constante. Ya que, como afirma Ángel Rama, “Las obras literarias no están fuera de las culturas sino que las coronan y en la medida en que estas culturas son invenciones seculares y multitudinarias hacen del escritor un productor que trabaja con las obras de innumerables hombres” (Rama, 2008: 24). La superposición de la cultura hispánica a las americanas indígenas será entonces una nueva materia de problematización y cuestionamiento, en la que los regionalismos se expresarán a través de sus escritores. “Al hacerlo robustecen las culturas nacionales (y por ende el proyecto de una cultura latinoamericana), prestándoles materiales y energías” (Rama, 2008: 83).

En tanto, se da también un proceso que Ángel Rama denomina transculturación, en el que un pueblo adopta formas culturales de otro pueblo que sustituyen completa o parcialmente las propias, síntoma de la modernidad a la que Hispanoamérica no podía negarse (Rama, 2008: 83). Por lo que también empieza a manifestarse un cosmopolitismo en las letras, coronado por las vanguardias poéticas que se dan en este contexto a imitación de las vanguardias europeas: ultraísmo (en Argentina), creacionismo (en Chile), estri-dentismo (en México), simplismo (en Perú) y nadaísmo (Colombia), principalmente.

El realismo mágico, configurado a partir de lo real maravilloso de la novela *El reino de este mundo* (1949) de Alejo Carpentier y desarrollado principalmente en la década de los sesentas y setentas, viene luego a reconfigurar nuevamente la identidad Hispanoamericana, principalmente a los ojos extranjeros, en tanto su narrativa da cuenta de un continente en el que el pensamiento mágico y fantástico confluye muy armoniosamente con lo racional de la vida ordinaria. Su mayor exponente es quizá Gabriel García Márquez, premio Nobel de Literatura, quien con obras como *Cien años de soledad* (1967) o *El otoño del patriarca* (1975), conformará junto a otros



autores de esta corriente lo que se conoce como el Boom, una estrategia comercial gestada en España para poner el relieve la literatura de Hispanoamérica. La abundancia de un continente bullicioso de aspectos maravillosos y prodigios naturales, así como las grandes carencias impuestas por las violencias del orden político dialogan constantemente en tal narrativa.

En las narrativas del realismo mágico se propone que el tiempo en la América mestiza es vivido de una forma mítica, principalmente cíclica o estática. Se integran en su concierto literario las voces marginadas de los pobres, la oralidad guardada principalmente por las mujeres en el seno doméstico, los saberes primitivos y la superstición popular. El narrador estadounidense William Faulkner será una influencia muy notable en escritores como Juan Rulfo, quien en su *Pedro Páramo* (1955), novela que será emblemática para la literatura hispanoamericana, incide en la pretendida orfandad de un pueblo rural (el mexicano) que guarda en sí mismo las huellas vivas y dolientes aún del vasallaje y el caos tras la Revolución; lo que es también un “tratado del desengaño” (Ortega, 2010: 78). Ortega comenta que en esta obra se lee la retórica de la carencia llevada a un punto radical ya que sus personajes “están muertos, víctimas de la ilegitimidad y la violencia del poder; y el mismo mundo está derepresentado: es un espacio fantasmático” (p. 41). Ortega comenta, respecto al libro:

Si el enigma es la identidad, el libro sería una pregunta: ¿quién soy yo? Para saber quién soy vengo a saber por qué murió mi madre y cómo murió mi padre. En esas dos interrogaciones se funda la cuestión de la identidad; pero desde el punto de vista privilegiado de la muerte (donde todas las voces concurren a la escena), el sujeto vive el enigma no sólo de su origen sino de su propia interrogación. Esto es, asiste a su nacimiento desde su misma negación. El sujeto del discurso de la carencia, al final, es aquel que, huérfano de explicaciones, ha aprendido a hacer las preguntas más pertinentes, aquellas que delatan la hechura del linaje como arbitrario y el desmontaje de lo social como inflexible (p. 273).

Pero también en las estaciones del viaje el libro busca su propia identidad postergada. Y cree encontrar su propio rostro a través de las máscaras, a través de las intermediaciones. Su

identidad no es una información que se adquiere, se acumula o se ahorra, sino un horizonte siempre ignoto. En esta novela la identidad está postergada y al final recusada; es una búsqueda de antemano perdida. De hecho, pocos héroes tienen tan poca identidad como Juan Preciado. No encuentra nada de lo que busca y sólo se descubre a sí mismo desde la muerte. Encuentra más bien el punto de vista privilegiado, el de la muerte, desde donde conocerlo todo (p. 268).

Respecto de la orfandad y el desamparo, ya representados desde la literatura gauchesca argentina, Octavio Paz escribirá un ensayo muy influyente: *El laberinto de la soledad* (1950), en el que se pretende caracterizar al mexicano (y al hispanoamericano, según algunos críticos) a partir del trauma de la conquista (somos “Los hijos de la Malinche”) y su choque cultural, desde los cuales el mexicano sufriría un complejo de inferioridad e impotencia por ser producto de la violación. Su trágica perspectiva psicologista, vigente aun en el imaginario popular por la difusión que tuvo, ha sido sin embargo cuestionada como determinista y fatalista en las últimas décadas. Otra autora importante para el México del siglo XX que creará una literatura de la orfandad será Rosario Castellanos, a partir de la autobiografía ficcional y el indigenismo (los indígenas como huérfanos en tanto olvidados por el gobierno paternalista), como lo vemos en su hermosa novela *Balún Canán* (1957).

En los últimos años la irrupción disruptiva de la posmodernidad ha traído nuevas formas de concebir la identidad en la literatura, ya que tienen lugar nuevos fenómenos continentales como la cultura de la violencia exacerbada, el narcotráfico, el crimen organizado y la necropolítica. Según Sayak Valencia (2010), es en las fronteras entre países donde se puede percibir más nítidamente esta reconfiguración de las identidades en tanto reflejan los límites más extremos de lo que ella llama el capitalismo *gore*.

Puesto que las fronteras se consideran un territorio fértil para la reinterpretación, es de esperar que sea en ellas donde primero cristalicen ciertos movimientos, tanto creativos como de destrucción. Por ello, las afirmamos como el espacio propicio para la creación de una dimensión escatológica que puede ser encarnada por movimientos armados caracterizados por ideo-



logías de muerte y sacrificio o por organizaciones criminales caracterizadas por ideologías de muerte y consumo (p. 125).

Fronteras en las que se gesta y desde las que se expande una cultura de la ilegalidad y la distorsión criminal del concepto de trabajo que trastoca las identidades individuales. Desde una posición feminista como discurso crítico que contesta la opresión por el sistema hegemónico del machismo generacional, Valencia delata la violencia arraigada (física, psicológica, medial) como configuradores de la cotidianidad, elemento medular en la construcción actual de los discursos contemporáneos en Hispanoamérica. Una masculinidad patológica como la causante del terror expandido que, literalmente, se *acuerva* en las poblaciones de estas latitudes, y produce sujetos que Valencia denomina endriagos: seres demoniacos que comercian con la violencia y la muerte. Las narrativas de las fronteras geográficas y la llamada narcoliteratura, dan cuenta de estos fenómenos.

Para ir concluyendo, podemos afirmar con Antonio Cornejo-Polar (2003) que la búsqueda de la identidad en el discurso literario Hispanoamericano, asociada “a la construcción de imágenes de espacios sólidos o coherentes, capaces de enhebrar vastas redes sociales de pertenencia y legitimidad, dio lugar al desasosegado lamento o la inquieta celebración de nuestra configuración diversa y múltiplemente conflictiva” (p. 7). Tal problema ha supuesto la confluencia dialógica de perspectivas variadas y contradictorias, en la que la filología, lingüística, la antropología, la sociología, los estudios culturales, entre otras disciplinas, abonaron interpretaciones en suma para la integración de los centros y los márgenes en constante renegociación entre sí. Al final, es posible que se haya constatado en la literatura hispanoamericana una dispersión ríspida, hecha de desencuentros y quiebras y de azarasas intercomunicaciones (Cornejo-Polar, 2003: 8). Un archivo multiforme que la crítica posmoderna ha asumido como un campo propicio para la celebración de la heterogeneidad que se desliza entre las redes del discurso y el sentido, y descrea escépticamente de identidades fijas, inamovibles y cerradas. Siguiendo a Cornejo Polar, tal archivo literario puede ser asumido como una desestabilizadora variedad e hibridez, para las que las categorías macrocomprensivas (tipológicas, regionales, ge-

néricas, etcétera) tal vez sean insuficientes. Un espacio heteroclítico en el que se cruzan en todas direcciones las referencias, los textos y los procesos, dando forma indefinida a una masa inestable.

Por tal motivo, en mi opinión, perspectivas contemporáneas como la teoría *queer*, que introduce la noción de las identidades móviles, escurridizas y nómadas, son de suma importancia en la actualidad en el entendimiento que la identidad no es algo natural, esencial o monolítico, por lo que no puede ser un destino epistemológico u ontológico, y reflexionar sobre ella supone un gran coste (Wiegman *apud* Mérida Jiménez, 2002:184); y es más bien un producto de la performatividad social y la construcción lingüística. Por lo que, como Lee Edelman expone “la identidad acaba siendo un tropo de la representación” (*apud* Mérida Jiménez, 2002, p. 201). La identidad puede siempre renegociarse y reconfigurarse: es una ética relacional y no una equivalencia (Brietzman *apud* Mérida Jiménez, 2002:105) con la posibilidad siempre de introducir una dimensión lúdica como antídoto a la desazón de la falta y la carencia en un mundo en el que la noción de sentido único y último parece a todas luces una fantasía.

Referencias bibliográficas

- Cornejo-Polar, A. (2003). *Escribir en el aire*. CELAP/Latinoamericana Editores.
- Fernández R., R. (2002). *Todo Calibán*. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Callejón.
- Henríquez U., P. (1980). *Obras completas*, tomo X. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- Mérida J., Rafael M., ed. (2002). *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. España: Ícara.
- Ortega, J. (2010). *El sujeto dialógico. Negociaciones de la modernidad conflictiva*. Tecnológico de Monterrey: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (1972). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rama, A. (2008). *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones El Andariego.
- Valencia, S. (2010): *Capitalismo gore*. España: Melusina.

Recepción: octubre 10 de 2022

Aceptación: noviembre 11 de 2022

**Interpretextos**

29/Primavera de 2023, pp. 29-42

Alejandro Garrigós Rojas

regresoalestadodegracia@hotmail.com

Nacionalidad: mexicana. Maestro en Literatura Hispanoamericana y Licenciado en Letras Españolas por la Universidad de Guanajuato. Publica *Abyección* (2003). *Luces blancas en la noche* (2004), *La promesa un poeta* (2005), *Páginas que caen* (2008, 2013), *La risa de los imbéciles* (2013). Premio de Literatura Adalberto Navarro Sánchez 2005, otorgado por la Secretaría de Cultura de Jalisco. Premio de Literatura 2008 de la municipalidad de Guanajuato. Premio Espiral de Poesía 2011 y 2012, otorgados por la Universidad de Guanajuato. Mención Honorífica en el V Concurso de Poesía María Luisa Moreno, organizado por el taller literario Conspiración de Dolores, Guanajuato, el tercer lugar nacional en su edición VI. Mención Especial del Jurado en el V Concurso Internacional de Poesía por "El mundo lleva alas", organizado por la editorial estadounidense *Voces de Hoy*; en el I Concurso de Cuento y Poesía de la Universidad Marista. Ha publicado poemas en diversos medios impresos y electrónicos de varias ciudades de México, España e Hispanoamérica. Figura en una decena de antologías mexicanas.